

La variedad de plantas es infinita: unas hay que parecen destinadas para dar exclusivamente ocupacion y alimento al hombre, entre ellas las cereales. Sin el cultivo, se conservan, es verdad, pero se conservan desmedradas y escasas. Parece que entre ellas y el hombre hay una mutua necesidad: ellas necesitan del hombre para aumentarse de una manera indefinida, en tierras labradas y dispuestas, y el hombre necesita de ellas para alimentarse. Hay otras, en mayor abundancia, que crecen libremente en los prados y en los bosques: el hombre no hace de la mayor parte de estas un uso directo; pero sí lo hace indirecto, pues que dan alimento á los animales que lo nutren, ó que lo ayudan en sus faenas, ó bien son acomodadas á diversos objetos de la mayor importancia. Se calcula, que en un prado de mil pasos de largo por otros tantos de ancho, se producen mas de cien mil tallos de yerba y plantas comunes; y á veces en solo un pié cuadrado se han encontrado mas de mil de diferentes especies.

No solo es asombroso el número de plantas, sino que es maravillosa su extraordinaria fecundidad, siendo capaz cada una de producir muchos millares. En un solo tallo de tabaco, por ejemplo, se han llegado á encontrar cápsulas que contenian cuarenta mil trescientas veinte semillas. Si se calcula su fecundidad se hallará que en el espacio de cuatro años, es capaz un solo grano de producir dos mil novecientos ocho billones, doscientos noventa y tres mil, trescientos sesenta y cinco millones, setecientos sesenta mil granos de semilla. ¡Cuál seria el número que resultase en una larga serie de años! Lo mismo acontece con otras muchas plantas. ¡Quién á vista de esto no confesará que el Criador ha derramado sus dones á manos llenas sobre la tierra?

A vista de esta inconcebible fecundidad, parece que las plantas debian cubrir de tal modo la tierra, que unas se estorbasen y dañasen á las otras; pero los animales, que se alimentan de ellas, las reducen á un número conveniente. El consumo que los brutos y aun el hombre mismo hace cada año de vegetales, es incalculable, y si Dios no hubiese dado á las plantas la fecundidad de que hemos hecho mencion, llegarían á extinguirse. Si las plantas fuesen menos fecundas, los animales morirían de hambre, ó si los animales se multiplicasen en mayor número, las plantas acabarían. La Providencia que vela por la conservacion de todas sus criaturas y por la duracion de todas las especies, las ha establecido, y las mantiene en perfecto equilibrio; verificándose así lo que dice la Escritura, que todo lo hizo con número, peso y medida.

Depositada en la tierra la semilla, atrae á sí la humedad y los elementos de que necesita para desarrollarse, crecer, vivir y dar á su tiempo nuevos frutos y nuevas semillas. Ella se ablanda, se dilata, y se abre, brotando de su seno una nueva planta, á quien alimenta y da vida á costa de sí misma. La semilla muere para que el gérmen viva; y desaparece en el polvo para presentarse despues con crecimiento y lozanía: imágen viva de la suerte que aguarda al hombre en el sepulcro. Su cuerpo queda convertido en tierra, para renacer un dia triunfante y glorioso, y unido otra vez al alma, florecer para siempre en las regiones de la eternidad.

La semilla no toma solo de la tierra los jugos y elementos necesarios